

caer, soltando sus espadas, se han abrazado para sostenerse y auxiliarse en la muerte. Miembros mutilados, tripas rotas, sollozos de agonía, estertores de moribundos, rostros contraídos de muertos, últimos suspiros mezclados con quejidos, gritos de rabia y desesperación; todo esto es grandioso espectáculo para el pueblo romano, que grita, palmorea, se embriaga, se enfurece, sigue con nerviosa atención el combate, saltándole los ojos de las órbitas como para ver más la matanza, abriendo las narices y el pecho como para recoger los vapores de la sangre.

La cólera, sí, la cólera flotaba como única pasión sobre toda aquella carnicería. La escultura antigua, generalmente de una severidad tan olímpica, nos ha dejado la imagen viva de esta cólera en la escultura del gladiador combatiendo. Dilátanse sus ojos, sobre los cuales como que extienden tempestuosa nube las fruncidas cejas. Sus miembros robustísimos adquieren una infinita tensión. La cabeza se avanza hacia adelante inclinada sobre el pecho, á fin de parar los golpes. Su cuerpo está en actitud de lanzarse á la pelea sostenido sólo por el pie derecho. El brazo izquierdo amenaza, en tanto que el puño derecho, fuertemente contraído, se apercibe á dar un golpe mortal. Aquella estatua es la imagen viva del odio. Y el odio continuo ha engendrado en torno de Roma espesísima nube de cólera, de maldiciones que tuvieron su satisfacción terrible en la noche apocalíptica de las venganzas eternas, en la noche de las victorias de Alarico, y de las orgias de los bárbaros, los hijos de los esclavos y de los gladiadores.

¿Quién, quién puede extrañar los castigos de Roma? Toda su fuerza, toda su majestad, toda su grandeza han sido destruídas por una idea. Allá en las catacumbas se ocultan oscuros sectarios que quieren oponer al sensualismo antiguo el espíritu, á la religión pagana y al Imperio dogmas que Roma no podía admitir sin perecer. Esos sectarios huyen de la luz del día y se encierran temerosos en las catacumbas. Allí pintan el Buen Pastor que les guía á la eternidad, la paloma que les anuncia el término del gran diluvio de lágrimas en que se ahoga nuestra vida. Allí entonan himnos á un tribuno oscuro, pobre, débil, que no ha sabido matar como los conquistadores, sino morir humildemente en ignominiosa cruz. De allí han salido estos confesores de la nueva fe, para sellarla con su sangre sobre las arenas de este mismo circo. El anciano, el joven, la tierna doncella han oído sin estremecerse el aullar del tigre asiático, el rugir del león africano. Las fieras, hambrientas, han salido de las grandes jaulas que todavía

en cimientos del circo se ven, y han clavado sus garras y sus dientes sobre los cuerpos indefensos de los mártires. Mientras se repartían las panteras, las hienas, los tigres, los leones, sus restos palpitantes; mientras bebían con furor insaciable la sangre; los romanos aclamaban al César, creyendo que con aquellos miembros devoraban las fieras una superstición y con aquella sangre se bebían las fieras una idea. Y los Césares han muerto, y los pretorianos se han dispersado, y las piedras del Coliseo han caído, y una nueva idea ha reemplazado á las antiguas ideas, que, trocada de perseguida en perseguidora, ha intentado á su vez destruir nuevas sectas, ahogar nuevas creencias, no pudiendo llegar con sus excomuniones, ni con su inquisición, ni con sus tormentos, al disco inmortal del espíritu humano, que brilla eternamente entre las ruinas y entre los dioses, entre los pueblos que mueren y los pueblos que empiezan, entre las creencias y los dogmas, como el Sol perenne entre los coros de los mundos. (1)

VI

Ofrecen tan subido interés las extrañas costumbres venatorias romanas que hallaron su principal teatro en los circos, que no vacilamos en añadir nuevos detalles bebidos en las purísimas fuentes de los autores clásicos.

Existían en Roma nueve circos, llamados: *Grande, Agonal, Militar, Vaticano, Flora, Flamínio, de Salustio, de Nerón y de Caracalla*; al paso que sólo se contaban tres anfiteatros principales. Los circos estaban modelados sobre un mismo plano, igual al del circo Máximo: consistían en un óvalo prolongado, formando en su extremo un semicírculo, y en su base terminaban en una línea curva. Por el lado de la fachada había tres pabellones, llamados *menarios*; uno en la parte céntrica, y los otros dos en los ángulos. Tenían tres puertas bastante espaciales para dar entrada á la multitud. Servían de palcos á los magistrados, y de principal ornato del circo, merced á su elegante arquitectura y las brillantes cuadrigas que coronaban la plataforma. Á cada lado del pabellón central abríanse seis *carceres* ó cuadras abovedadas, cerradas con barreras de madera. Permanecían encerrados los conductores de carros y sus caballos hasta que el magistrado que presidía á los juegos daba la orden de soltar la cadena ten-

(1) *El Coliseo*, por E. Castelar.

didada de uno á otro lado y sujeta á unos *hermes* ó bustos de mármol, colocados delante de las pilastras de las cárceles (1).

Á fin de evitar desgracias cuando se daba caza á las fieras, había una excavación entre la primera línea de las graderías y la arena, en canal de 10 pies, tan profundo como ancho (bautizado con el nombre de *euripe*). Y, para sosiego de los espectadores de la primera fila temerosos de las caricias de los elefantes de César, existía una fuerte barrera, ricamente labrada, que separaba el *euripe* de las graderías inferiores (2). La arena hallábase dividida en toda su longitud por una pared de piedra ó ladrillo con incrustaciones de mármol y pórfido, llamada *espina*. En el centro de esta pared ó espinazo, de 4 pies de alto, levantábase un obelisco en honor del Sol, protector de las carreras; el límite ó *meta* formábanlo tres columnas cilíndricas reunidas, y coronadas con unos huevos de mármol. Destacábase la estatua de Cibeles, sentada sobre un león; la de la Victoria, puesta de pie y con el corazón en la mano; la de Roma, armada con lanza; los altares de los principales dioses, y dos mesas de mármol, sostenidas por cuatro columnas de orden corintio, en las que figuraban siete delfines, y siete huevos

de mármol blanco en memoria de Neptuno y de los dos hijos del Cisne y de Leda (3).

En la esquina del círculo Máximo, adornada con mayor magnificencia que las de los demás, había la estatua de la Fortuna, el Genio del pueblo romano, el Neptuno ecuestre, el templo del Sol, un pequeño obelisco dedicado á la Luna, las capillas de las deidades protectoras de las siembras y cosechas, y de la diosa

(1) Ludovico Bianconi, *Descrizione dei circhi*—Nebhy, *Roma antica*, pág. 635.

(2) Añadió, á más, César el *euripe*, especie de canal que daba vuelta por el interior del circo, y servía para contener cocodrilos y animales acuáticos, y para impedir que las fieras se echasen sobre el pueblo, sentado en las gradas (Luis Canina, *Arquit. rom.* tomo I, pág. 196).

(3) El espinazo del circo de la Via Appia, ó de Rómulo, tiene mil pies de largo: se halla entrecortado por unos estanques. Desde las caballerías al espinazo media una distancia de 500 pies. Al otro extremo sólo 30 pies separan el espinazo del fondo del circo, lo que formaba una vuelta proporcionalmente estrecha.

tutelar; una trípode en que humeaba el incienso; los vasos sagrados y los altares de los lares, de los dioses valientes, de los dioses poderosos, de Roma y de la Fortuna. Los anfiteatros, cuyo nombre y diseño imitaron los romanos de los griegos, se diferenciaban de los circos en su figura, que era del todo circular, y de los teatros en que las graderías eran corridas alrededor del círculo. La profunda cavidad abierta en las concavidades y debajo de las gradas fué causa de que las llamasen *cavea*. Los anfiteatros se apellidaron *arenas*, aludiendo á las velas ó toldos que guardaba á los espectadores del ardoroso sol de verano. En tiempo de Augusto, Statilio Tauro edificó el primero que se vió en Roma con pórticos y graderías de piedra, y Vespasiano el más hermoso que nunca salió de manos de los hombres. Los espectáculos que celebraba la anti-

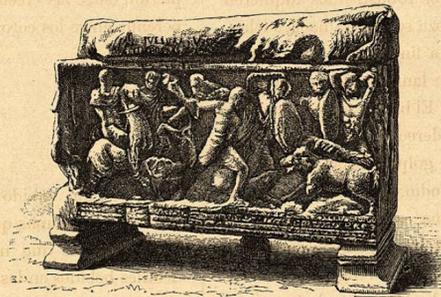
gua Roma era de tres clases: juegos del circo, juegos escénicos, y de los gladiadores.

Espaciosos, magníficos eran algunos circos, donde podían colocarse, sin confusión, doscientos cincuenta y hasta trescientos ochenta mil espectadores (4). El sordo murmullo que salía de los pórticos, el rumor de las voces, risas y exclamaciones de la multitud, uníanse á los gritos de los esclavos, que recorrían de grada en grada, ofrecien-

do, con las entonaciones más características y extrañas, agua fresca, ó bien unos pequeños colchones, repletos con hojas de guisantes, yerbas ó cañas verdes (4). De repente reinaba profundo silencio; era que se presentaban los héroes del circo, vestidos con brillantes túnicas de púrpura, agitando los caduceos, que eran las insignias de su empleo, extendiendo la mano hacia los pabellones de la fachada, y, con preferencia, hacia el de la izquierda, donde se hallaba el *podium*, ocupado por el emperador y pontífice máximo. Todos los ojos se dirigían ávidamente hacia ese lado para no perder el más mínimo detalle del espectáculo. Desfilaba, por último, la espléndida procesión pagana, que venía con gran solemnidad de la ciudad para con-

(3) Plinio, lib. XXXVI, cap. XV.

(4) Horacio, *ad Pirone*.—Plauto: *In Penulo Aut, qui cortinam ludis per circum ferunt tormentuna circensium cita ex graphalio alusue herbis vel concisis arundinibus facta que substernebatur multitudini* (1 *Fabrics, Descriptio Urbis*).



Sarcófago romano.—Una cacería de jabali

currir á los grandes juegos de Setiembre. Salía del templo de Júpiter en el Capitolio, atravesaba el Foro y el Velabro, y entraba en el circo, guardando el orden siguiente:

Iban delante los niños, aun impúberes, de las familias senatoriales, con escudos, lanzas de plata, y cascos, sobre los que flotaban brillantes penachos. Seguían los hijos de los caballeros montados en los caballos de sus padres, ricamente enjaezados. Tras éstos venía la juventud plebeya, ordenada en manipulos, escogida con gran cuidado, para mostrar á los aliados y á los extranjeros la esperanza de la patria y el vigor de la sangre romana. Ofrecía un golpe de vista sorprendente, la belleza de las formas y el varonil y altivo continente de aquellos jóvenes. Seguían al paso los conductores de las cuatro facciones en sus carros, y los caballos destinados á disputar el premio, que eran saludados con grandes aplausos y aclamaciones por sus amigos y partidarios. Detrás de las cuadrigas venían tres numerosos grupos: el de los atletas, que iban casi desnudos, el de los corredores y el de los pugilatores. Los primeros ostentaban con afectación sus anchos pechos y sus musculosos brazos; los segundos, con el cuerpo inclinado hacia delante y un pie en el aire, parecía que iban á emprender la carrera; y los pugilatores mostraban sus puños al pueblo.

Seguían los grupos de danzantes armados: uno compuesto de hombres adultos, otro de adolescentes, y un tercero de niños. Vestidos con túnica de púrpura ceñida al cuerpo con cinturón de cobre, y cubiertos con cascos de bronce, rematados por penachos de varios colores, que flotaban al aire, bailaban todos la danza pírrica, entonando himnos y haciendo chocar con estrépito sus espadas y jabalinas. Venían después los bailarines cómicos, ó sea dos comparsas ridículas: una de sátiros, cubiertos con pieles de macho cabrío; y otro de silenos, cubierta apenas su desnudez por un cinturón de hojarasca, agitaban guirnalda de flores y parodiaban la danza noble, dando saltos y haciendo gestos grotescos. Seguían inmediatamente cuatro comitivas de músicos con largas y curvas trompetas, flautas, cítaras de marfil de siete cuerdas, y después los ministros sacerdotales. Caminaban formando siete grupos: los *camilli* y las *camillo*, los *flaminii* y las *flamines*, los ayudantes de los ministros, los arúspices, los *pullarios*, los *popes* y los *victimarios*. Los *camilli* y las *camillo*, se elegían entre los más hermosos adolescentes y las más hermosas herederas de las familias patricias. Vestidos de blanco, adornados con bordados de púrpura, y coronados de laureles, estos niños de gentil rostro lleva-

ban los vasos de oro y de plata, los perfumes, los aromas y el incienso para los sacrificios.

Los ayudantes sacerdotales llevaban los vasos grandes; tales como las *pateras*, los *discos*, los *simpielemos* y el *capis*, el *gustos*, *urna* de largo cuello, el *alla*, especie de caldero para poner á cocer las entrañas de las víctimas, el trípode, el candelabro, la hacha y la maza. Los *arúspices* y los *pullarii*, llevaban las jaulas que contenían los pollos sagrados. Después de esos extraños guías de la política romana, venían los *popes* conduciendo toros adornados con cintas, paños de púrpura y guirnalda; los *victimarios*, que procuraban arrastrar carneros y cerdos rebeldes, y los *tenia* ó carros de los dioses. En estos carros, de los cuales unos consistían en una simple plataforma, cubierta con alfombra de Babilonia, y otros tenían la figura de un templo ó de un tabernáculo sostenido por cuatro columnas, figuraban, primeramente, las doce divinidades principales protectoras de los meses, á saber: Júpiter, Juno, Neptuno, Apolo, Mercurio, Marte, Vulcano, Vesta, Minerva, Venus y Ceres. Unos tiros de dos ó de cuatro caballos, de cuatro elefantes, y hasta de cuatro leones, arrastraban las efigies de oro que representaban los dioses superiores y á las doce de los inferiores. Detrás, y en tercera categoría, iban las tres Parcas, las nueve Musas, las tres Gracias, las veinticuatro Horas con sus ropas blancas y negras, salpicadas las unas de estrellas y las otras de soles; todas las deidades de las selvas: Ninfas, Driadas, Oreadas y Hamadriadas. Luego otros carros menos resplandecientes, pero ricamente adornados, en que iban las estatuas de los semidioses, entre los cuales el pueblo reconocía siempre con respeto á Baco, Hércules, Esculapio, Cástor y Pólux, Elena, Triptoleno, Pan, Carmenta, Evandro su hijo, Eneas y Rómulo.

Después de la numerosa familia de los semidioses, desplegábanse en una larga hilera de carros la falange de los difeudos ilustres, salida del palacio imperial para subir, por decreto del Senado, al Olimpo pagano. Veíanse, labradas en oro, plata ó marfil, las estatuas de César, de Augusto, de Livia, de Julia, de Augusta, de Drusila, hermana de Calígula; de Claudio, de Claudia, de Pompeyo, de Vespasiano, de Tito, de Julia y de Domitila, hermana de Domiciano; la de éste mismo, las de Nerval, Marciano, Trajano, Plotino, Antinoe Sabino, Adriano, Faustina y de su hija; las de Antonio Pío, Vero, Marco, Cómodo, Pertinax, Severo, Geta, de Alejandro y de su madre, de los tres Gordianos, de los dos Felipos, de los dos Valerianos, de Cano, Maximino, Galerio, y, por último, de Diocleciano.

Detrás de los *teuras* iban las *armamaxas*, formadas de dos carros unidos, arrastrados por cuatro caballos, y coronados de espléndidos trofeos. Luego venían en grupos separados, y precediendo al soberano pontífice, los ocho pontífices máximos y los siete mínimos, los siete

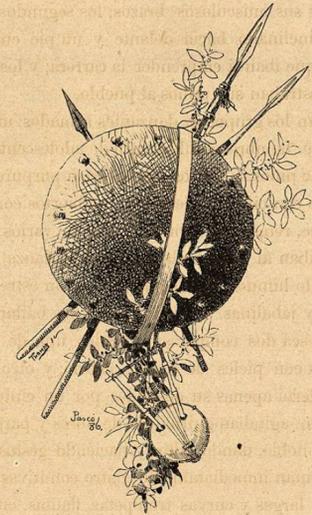


Picas romanas.—Museo de Artillería (Madrid)

flamines, con su gorro de piel de oveja y llevando ramos de olivo; el rey y la reina de los sacrificios, los doce augures, apoyados en el *lituus*, ó bastón encorvado por un extremo á modo de cayado; los *quindecimviro*s, guardas de los libros sibilinos; los *septemviro*s, epulones, que preparaban los banquetes de los dioses; las seis vestales, elegantemente ataviadas con su *paludamentum*, en que la púrpura hacía gracioso contraste con la cándida blancura de sus desnudos brazos; los treinta *corriones*, encargados de la vigilancia del culto, con su pontífice; los doce sabios, sacerdotes de Marte, y las vírgenes sálicas, bailando en honra de su Dios, y dando, á compás, golpes en un escudo de cobre con una

varilla de bronce; los sabios *agones*, con la toga de varios colores y un gran gorro de figura cónica; los veinte *feciales*, con su padre Patrato, los hermanos *arvales*, fáciles de distinguir por sus coronas de espigas atadas con cintas blancas; los veinticinco compañeros de Ticio, augures rurales; los sesenta sacerdotes públicos de las curias, los *sodales augustales*, dedicados al culto de los emperadores divinizados; los *lupercos* ó sacerdotes de Pan, blandiendo sus correas de piel de cabra para golpear á las mujeres en cinta; la sacerdotisa griega de Ceres, los sacerdotes de Cibele, y los ministros de todos los demás dioses.

Cuando el clero gentil había entrado en el circo, doce lictores, que llevaban sus haces al hombro, entrelazados de laurel, anunciaban la llegada de los magistrados. En efecto: precedidos de los cónsules, mientras éstos existieron, y además del dictador, del maestro de la caballería y del interrey, cuando hubo de hecho tales cargos, y por fin, cuando éstos fueron sólo nominales, del emperador y de sus hijos, desfilaban, los últimos, los magistrados. Á los cónsules ó al emperador seguían



Panoplia

los doce pretores, los jueces criminales, el prefecto de Roma, los seis ediles curales, los diez tribunos del pueblo, los cuestores urbanos, los treinta y cinco curadores de los tribunos, los triunviros capitales, los nocturnos, los de la moneda, los quatuorviros encargados de vigilar la conservación y recomposición de los caminos,